

Luis la segunda ala de la mortificacion y penitencia: que para hazer derecho el vuelo, se han de mover igualmente. Asi lo dicen los Maestros de espiritu, que no puede haver oracion buena, si la mortificacion no la acompaña; ni esta puede mantenerse, si la oracion no la fomenta.

De la mortificacion interior hemos discurrido mucho: el desprecio de sí mismo, el envilecerse y apocarse, es el extremo mayor de mortificacion que puede considerarse. La composicion interior y exterior tan rara, la modestia de los ojos, el freno en todos los sentidos, la moderacion de todas sus acciones, de donde procedian, sino de una vio lenta fuerza que se hazia?

De sus asperezas corporales y mortificacion continua hemos dicho algunas cosas en los capitulos pasados: andan tan hermanadas estas dos virtudes, la pobreza y penitencia (si yá la pobreza sola no es penitencia rigurosa) que en una accion suelen concurrir ambas comunmente. La camisa de estameña gruesa y aspeña, la cama dura, los habitos rotos ò remendados, muestran la pobreza de Fr. Luis, y juntamente la aspereza con que trataba su cuerpo. El desabrigo en un hombre anciano, y tolerancia porfiada de los frios y otras inclemencias es una mortificacion muy molesta, de poco ruido, pero de grande merito. La comida fue siempre moderada, la que dá la Religion, muchas veces desabrada y fria. Baxaba con la Comunidad al Refitorio, y de su porcion quitaba buena parte para el pobre: y si por la vejez y enfermedades se dispensaba con él, paraba todo el regalo en una escudilla de mal caldo, y un pedazo de vaca mal cocida y dura, (usascen Portugal mas que el carnero) y para quien no tenia dientes ni muelas, era mas tormento que comida. A la noche no pasaba la cena de dos huevos, como en otro lugar diximos. Bebia muy poco vino, y ese en demasia aguado, casi sin sabor de vino: todos los regalos que le hazian (era

Predicador) los embiaba à los pobres. Desazonaba de mil maneras el gusto; comia de los pepinos los extremos, que es extremada amargura. Maceraba su cuerpo con rigurosas diciplinas cada dia, mas ò menos asperas, segun los tiempos: usaba unas gruesas, y otras de rosetas. Los cilicios continuos de cerdas, para de ordinario bien asperos, de hierro tambien delgado, y hoja de lata, de que hazen los rallo: en Quaresma y dias particulares usaba de los mas rigurosos instrumentos. De estas alhajas poseía diferentes generos, y como de cosa amada, solo de ellas tenia llave.

Despues que llegó à los ultimos tiempos de su edad, que Dios para beneficio comun fue servido de extenderle hasta los ochenta y quatro años, fue remitiendo algunas cosas de los rigores referidos: que quando la vida humana por la demasiada edad torna à la flaqueza de la infancia; y quando la lengua fastidiada no siente yá sabor en el gusto, los dientes se han caído, ò nadan en la boca, el estomago no digiere, y en fin todo es trabajo y dolor, ninguno puede culpar que sea aliviado de los pesos comunes quien desde la mocedad llevó el yugo con constancia.

CAPITULO V.

De otras virtudes del P. M. Fr. Luis de Granada.

Podemos afirmar por verdad cierta que la doctrina toda que enseñó el P. Fr. Luis en sus escritos, fue un exemplar de su vida, espejo de sus virtudes, y que en ellos respandee quales fueron. Seneca en el capitulo treinta y dos de la Vida bienaventurada, habiendo puesto la doctrina de algunos Philosophos, que aconsejando el manejo de los negocios publicos, havian vivido retirados, pregunta: *Ad summum an ex præceptis suis vixerunt Cleantes, Chrysippus, & Zenon? Non dubitè respondebis, sic illos vixisse quemadmodum di-*

vixerunt esse vivendum. Ultimamente pregunto: Cleantes, Chrysipo, y Zenón, si vivieron conforme à los preceptos que dieron? Responderás sin poner duda, que asi vivieron, como dixerón que se havia de vivir. Hizole gran disonancia que desdixese la vida y la doctrina. Por la fuerza que haze este argumento, el gran Padre de la Iglesia San Gregorio en el libro segundo de los Morales, capitulo treinta y seis, prueba la excelencia de la santidad del bienaventurado San Benito, con la regla que dexó à sus Monges, tan santa, tan Evangelica, tan maestra de todas las virtudes; afirmando que no pudo el glorioso Patriarca vivir de otra manera de lo que en ella enseñó: *Cuius si quis velit mores vitamque cognoscere, potest in eadem institutione Regule omnes magisterii illius actus inventire; quia sanctus vir nullo modo potuit aliter docere quam vixit.* De que inferet tambien el docto Coronista de su Orden, quan grandes fueron las virtudes del Santissimo Pontifice Gregorio, à quan alto y heroyco grado de perfeccion llegaron, por haver, en los libros que escribió de los Morales, hablado mas altamente de las virtudes, y enseñado mayores primores de ellas, que jamás hasta su tiempo, ni despues se havian escrito; lo qual no pudo ser sin un gran conocimiento de su esencia, alcanzado con la platica: y siendo en los Santos una cosa misma el decir y hazer, el enseñar y obrar; si seguiese claramente que si el gran Doctor San Gregorio fue el que con mas ventajas enseñó la ciencia de las virtudes y perfeccion Christiana, que su vida fue perfectissima, santissima y purissima. Puede afirmarse de todos los Escritores Evangelicos lo que de sí el Abad Juan, de los Padres antiguos del desierto: *Nec unquam verbis alios docui, quod ipse factis non præstitissem.* Ni enseñé à otros con palabras lo que no havia executado primero con las obras.

Conforme à estas verdades tan ciertas, podemos afirmar aseveradamente

que nuestro Padre Fr. Luis de Granada asi vivió, como enseñó que se havia de vivir. Y el que quisiere saber quales fueron sus virtudes, sus costumbres y vida, lea despacio sus escritos, que alli le hallará estampado: todo lo que alli enseña, obró; porque tan gran varon no pudo vivir de otra manera de la que havia enseñado. Y esto se puede afirmar con menos duda en los libros del P. M. Fr. Luis de Granada, que mas parece se escribieron con el corazon que con la pluma. Su devocion, la promptitud y aliento que tuvo para bien obrar, y para el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de las cosas de su servicio, fue la que enseña en el libro que trata de esta virtud ò alma de las virtudes: executó todos los medios que alli pone para alcanzar la devocion hasta conseguirla. Qué diré del alto conocimiento de los beneficios divinos hechos à los hombres? Es casi la principal materia de sus libros. Cómo pudieron escribirse los primeros capitulos de la Guia de pecadores, à no haverlos penetrado y agradecido afectuosamente? Cómo se havia obligado à amar y seguir la virtud quien tantos titulos halló para abrazarla? El que asi averiguó sus privilegios, cómo los tenia experimentados en su alma? Quién dió tan alta doctrina de la virtud, como la havia seguido? El que enseñó tales y tan santas reglas de bien vivir, cómo vivia? *Quia sanctus vir nullo modo potuit aliter docere, quam vixit.*

Mas vengamos à algunos particulares que con los hechos y exemplos que nos dexó, confirmen lo que hemos dicho.

De la excelencia de la virtud de su fé nos quedó un ilustre testimonio en su Introduccion al Symbolo; y no lo prueba menos el libro de la Doctrina Christiana. Fueron estos escritos efectos de su gran fé, que como impaciente en el venerable pecho, esparció tan grandes resplandores. Habló en el primer libro de Dios, lo que alcanza la cortedad humana, de la inmensidad y grandeza de sus perfecciones, con el decoro y elo-

quencia que ha admirado al mundo. Desplegó rayo por rayo las excelencias de la fé Christiana, sin que la inmensa luz de este sol divino deslumbrase sus ojos: habló con tan crecida eminen- cia, que à leer sus enemigos estos celestiales discursos, convencidos se rindieran. Mas llegando à tratar del misterio de la Redempcion humana, y frutos de la Cruz de Christo y sus victorias, y las figuras que le precedieron, se remonta esta aguilta caudal sobre los cielos. Finalmente no hay misterio de la fé que no tratase con admirable erudicion y espíritu: con que fue forzoso que aquel gran entendimiento se ilustrase sobremanera con la especulacion continua de estos misterios: y así pudo alumbrar, como propuso, à la Gentilidad y Judaismo, y alegrar è instruir los animos Catholicos con la felicidad de su religion; de que se infiere fue grande la que havia de conseguir estos efectos. Fé, sol que en sí mesma tuviese una fuente de claridad inmensa, y de ella saliesen los resplandores que alumbrassen la Iglesia, y à los que por su desdicha están fuera de su gremio.

Fue admirable la devocion y reverencia que tuvo este varon de Dios al divinissimo Sacramento del Altar: decia Misa con tan profunda devocion, que no se puede encarecer con palabras; mostraba un tierno y singular sentimiento desde comenzar el Canon: parecia entonces estar suspenso, y arrebatado; mas en el tiempo de consumir salia de sí mismo; y todo se transformaba en Dios; porque era para admirar la humildad y devocion con que recibia al Señor. La continuacion de esta sagrada mesa fue puntualissima; porque aun quando cayó en una penosa enfermedad, de que darémos presto cuenta, no dexaba de celebrar dia alguno: y diciendole su compañero que por razon de tan grave accidente descansasse, y dexasse alguna vez de decir Misa, mayormente en el hivierno, respondió:

Que quien ha de decir Misa mañana, tenia necesidad de decir la hoy: porque la preparacion mayor y mejor que puede tener un Sacerdote para celebrar mañana, era haver el dia antes celebrado, no haviendo impedimento forzoso: porque este divino Sacramento preservava de pecado, y aumenta la gracia, que es la mejor prevencion.

Decia de ordinario Misa retirado en casa de Novicios, por mayor quietud; duraba en el Altar una hora larga, libre siempre de cuidado que le obligasse à abreviarla: dexabalos todos à la puerta, como hazia San Bernardo, para mas libremente vacar aquella hora à Dios: y en orden à esto no havia de haver cosa que se lo impidiese, como se verá en este suceso. Un dia queriendo decir Misa, llegó à él un hombre, y le dixo que tenia que comunicar con él cierto negocio de importancia: respondió Fr. Luis que se fuesse, y viniessse à tal hora, porque iba à decir Misa. A esto le dixo el consultante que aguardaria todo el tiempo que él quisiesse, que dixesse Misa despacio; porfiaba en el esperar el hombre; Fr. Luis en que le dexasse; y ultimamente con resolucion le dixo: Vuesa merced se vaya, porque sabiendo yo que me está aguardando, aunque sea hasta muy tarde, no diré Misa con reposo y sosiego, pensando en Vuesa merced que me espera por respuesta: que es como estar tirandome de la Casulla, haziendome señas que acabe presto. Con esto le dexó el hombre. Tan libre de otros cuidados juzgó que havia de estar el animo del que llegaba à celebrar este santo sacrificio, y que es muy facil el divertimiento con qualquier cosa que tire.

Quan diligente era la disposicion para la Misa, lo prueba un dicho suyo en un caso bien digno de reparo. Residia en su Convento de Lisboa un Religioso exemplar; tenia costumbre para decir Misa otro dia, confesarse todas las noches antes de recogerse. Hallaron à este Religioso muerto en su celda,

ocu-

ocupado con muerte repentina, no improvisa: loaban muchos aquella buena costumbre, señal cierta de su predestinacion; otros insistian porfiadamente que era muy diferente confesar para morir; sobre que discurrían largamente: oyendoles el P. Fr. Luis, dixo: Hartó recia cosa es que sea necesaria mayor prevencion para recibir la muerte, que para recibir à Christo. Para ambas cosas se prevenia el varon santo con vigilante cuidado.

Tenia por costumbre visitar todos los dias el lugar donde pensaba le podian dar sepultura; y considerando con profundo sentimiento, decia: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miserijs*, &c. como paseando la carrera que havia de ser inevitable. Pudo ser tomasse esta costumbre (si no la tenia y de antes) de un caso que le sucedió notable. Saliendo de un barco en el Tajo, que en Lisboa vá hecho mar, cayó desgraciadamente en lo profundo del agua: con la perturbacion y el riesgo no hizo mas que dar voces: Que me ahogo, que me ahogo; saquen à Fr. Luis, saquen à Fr. Luis. Escapó del peligro. Cayó despues en la cuenta de lo poco que se acordó de Dios y de su alma, y que todo fue cuidar del cuerpo. Así despues del suceso entró en Palacio diciendo à las Damas de la Reyna Doña Cathalina: Nadie guarde la penitencia para la hora de la muerte; que me caí en la mar, y solo fue dar voces: Que me ahogo, que me ahogo: saquen à Fr. Luis, saquen à Fr. Luis. Es digno de gran reparo que si en caso repentino un varon tan santo, tan actuado à clamar y amar à Dios, así se perturbó, que no atendió à mas que escaparse del peligro; vanamente presume el de vida y costumbres estragadas, que en un caso apresurado, de muy divertido se ha de convertir repentinamente à Dios, y hazer en aquel conflicto verdadera penitencia.

Fue tiernissimo su afecto à Christo Sacramento: escribió de este mysterio

Tom. I.

rio con admirable afecto y devocion en muchas partes, en especial en la meditacion del Lunes por la mañana, en el libro de la Oracion. Trató de la Comunión y disposicion para recibirla divinamente; y de su frecuencia con tan grande acierto, que à leerse con atencion y animo no empeñado, bastara su doctrina à sacar de controversias, y seguirse con toda seguridad. Muestras todas de quan meditado tenia este mysterio, y los dulces ratos que le dió en este destierro.

Inventó la piedad Christiana un devoto pensamiento un dia del Corpus en la procesion solemne que se haze en la gran Lisboa. Iba una figura propriamente vestida del santo Rey David con su arpa, saltando y danzando delante de la Custodia del Santissimo Sacramento; haziendo una contraposicion graciosa al bayle que el David verdadero hizo delante del Arca del Testamento; figura del Sacramento divino, con otro David fingido danzando delante de la verdad de aquella figura. Acertó à vér Fr. Luis; sobrevinole tan dulce sentimiento con tan copiosas lagrimas, que no pudo repararlas, ni disimular los sollozos y ternura que le causó aquel espectáculo. Apartóse disimuladamente: los jubilos que sintió su alma fueron tan afectuosos y tan grandes, que no podia llevarlos; y confesó despues que fueron los mayores que tuviera en su vida.

Fue asimismo grande el conocimiento que el P. Fr. Luis tuvo del misterio de Christo, de aquel beneficio incomparable de haverse hecho Dios hombre, para remediar al hombre: de la bondad, caridad y misericordia de nuestro Señor que en él resplandee; y la grandeza del remedio, y consolacion y salud, que por él nos vino, y los motivos grandes que en él se nos dan para amar, servir y confiar en él. Facil fuera probar esta verdad, si aqui ingiriera algunas clausulas de sus escritos; mas el versado en ellos se persuadirá facilmente

N

te

te quan ilustrado estaba el entendimiento, quan abrasada la voluntad del que discurrió tan altamente en el beneficio inestimable de nuestra redempcion. En el quarto capitulo de la Guia, en las Meditaciones de la divina semana que trata de la pasión, y el capitulo ultimo de este primer libro, en que pone seis cosas que hemos de meditar en la pasión del Salvador: todo esto muestra, quan estudiado tenia el libro soberano de dos hojas, Christo, Dios y hombre, que no puede separarse. Efecto fue tambien del tierno y afectuoso amor que tuvo al inocente cordero, todo el libro que intituló *Vita Christi*, escrito con tan gran piedad. Mas donde parece levantó mas alto el vuelo, es en las Meditaciones muy devotas sobre los misterios principales de la vida de nuestro Salvador, y señaladamente de su santa niñez, pasión, resurreccion y gloriosa ascension, que andan despues de la ultima Adicion del Amor de Dios. De dónde tanta repetición de estos misterios, disponerlos, sazónarlos por tan diversos modos, sino de unos afectos amorosos, de unas meditaciones y pensamientos continuos en aquello que se ama? Porque allí está el corazón donde está su tesoro: y como sea verdad que lo que abunda en el corazón, sale por la boca; argumento es que estaba su pecho muy lleno de Christo, pues así le salía por la boca con tan afectuosos sentimientos.

Parcerá escusado decir que el Padre Fr. Luis fue tierno y fervoroso devoto de la Virgen Santissima MARIA Señora nuestra, habiendo sido Frayle de Santo Domingo; pues por medio de este glorioso Patriarca se estableció en el mundo la devoción de esta celestial Señora, y la dexó como mayorazgo ilustrado en su sagrada familia. El P. M. Fr. Luis, como hijo verdadero de su santissimo Padre, fue cordial el amor que tuvo à esta Señora: en varios lugares encomienda su devoción, como experimentado de quan bien le fue con ella.

En los sermones que están al fin del Compendio de la Doctrina Christiana; es maravilloso en hablar de la Santissima Virgen, y sus virtudes y vida: mas donde arrojó mayores llamas su devoción fervorosa, es en siete oraciones que hizo à nuestra Señora en el tratado quinto del libro del Memorial: no hay elogios, alabanzas, encomios de la Santissima Virgen, que no juntasen en ellas; están brotando gran ternura y devoción; son dulcissimas, y una copia cierta del animo enamorado; de los afectos y amor ternissimo de su Autor.

El amor de Dios y del proximo que tuvo el Padre Fr. Luis, fue grande, intenso y fervoroso y fuerte: fue Maestro del amor, y amó como gran Maestro: estudió esta facultad para enseñarla; enseñóla como tan diestro en ella, y para salir perfecto en el magisterio, fue exercitando y practicando todos los medios con que se alcanza el amor de Dios, que despues pasó à la pluma: cómo pudo dexar de conseguirle? Averiguó su excelencia, su grandeza, su felicidad, su importancia; no fue posible faltar en su corazón estima de lo que tanto alabó. Buscó este amor, deseóle con las porfias y ansias que él dice se ha de buscar: hallóle; que no se negó jamás al verdadero deseo. En todas las materias que escribió el Padre Fr. Luis fue grande; en esta se excedió à sí mismo, porque verdaderamente mostró en esta escritura quan fino amante havia sido de Dios. Engolfóse en las perfecciones divinas, de que habla divinamente; discurrió en los beneficios de Dios, que rinden los corazones mas duros: qué efectos no harían en el suyo tierno? Junió quantas razones, quantos motivos, quantos incentivos hay para amar à Dios: qué fuerza no harían en su animo rendido? Cómo estaba aquel entendimiento, que tan profundamente se entró por los infinitos espacios de la divinidad, quan enamorado quien así habló de su hermosura? De aquí nacieron tantas oraciones para pedir el amor, tan llenas de afectos,

an

ansias, ruegos ardientes y fervorosos. De aquí tantos medios como propone à los hombres para conseguirle, tanto advertir los estorvos que pueden retardarlos. *Unde hic fervor, nisi ex amore Dei? Unde legis Christi indefessa meditatio, nisi ex desiderio eius qui legem dedit?* De dónde este fervor (dice de Nepociano San Geronymo) sino del amor de Dios? De dónde esta incesable meditacion de la ley de Christo, sino de los deseos del que dió la ley? Finalmente es cierto que no habrá persona alguna medianamente dispuesta, que si leyere los libros del amor de Dios, que no prenda en su corazón este divino fuego. Pues qué efecto haría en el que los estudió, meditó y dispuso? El que materias tan altas y tan fervorosas las trahía del entendimiento à la voluntad, de esta al entendimiento, cómo las tendría? El entendimiento iluminado, la voluntad abrasada, y todo el corazón hecho un incendio de amor.

De este mismo principio nacía el amor del proximo. Es este un don celestial como debido à los grandes obreros Evangelicos: infunde el Espiritu Santo en los corazones de los que han de ser padres de espíritu un amor sobrenatural à los proximos, para que no perdonen trabajos, peligros, fatigas por el aprovechamiento de las almas.

El amor que el Padre Fr. Luis de Granada tuvo à los proximos, fue muy de lo Apostolico, y un zelo de gran ministro de Dios: porque ahora mirémos lo mucho que predicó por mas de quarenta años, y la administracion de Sacramentos continua y laboriosa; de dónde pudo nacer, sino de un ardiente zelo de la salvacion de las almas, y un amor abrasado de su remedio? Empero si consideramos sus escritos, y sus inmensos trabajos y sudores continuados por tanto numero de años, grandemente se descubre el excesivo amor que tuvo à las almas, que por tantos medios quiso encaminar al Cielo. Quanto trabajo para hazer sabrosa la virtud, su-

Tom. I.

ve el camino de la vida? Qué de invenciones y trazas para ganar las voluntades de todos, y ofrecerselas à Dios? Estas diligencias, estas industrias, qué eran sino unas centellas vivas que procedían de aquel fuego de amor que ardía en su pecho, y causaba estos efectos, no cansandose jamas de escribir, notar, publicar libros que abrasasen el mundo con el fuego divino con que se escribían, facilitando los medios para que los alcanzassen todos? Cuenta el Padre Fr. Geronimo Joannini, que habiendo un Impresor de Salamanca conocido el gran expediente que tenían los libros de Fr. Luis, y con el ansia que todos los buscaban, y gusto con que los leían, le pidió le embiasse alguno; prometiéndole una cantidad considerable por el privilegio. El Padre Fr. Luis vino en darle, con declaracion que no queria cosa alguna, antes quanto le prometia se lo alargaba, con calidad que los libros que se imprimiesen, los diese à precio muy acomodado, y que su carta se pudiesse al principio del libro, porque se viesse la obligacion del Impresor, y los pobres lo pudiesen haver con poco gasto.

Es la segunda muestra del amor de los proximos el socorro en las necesidades temporales. Pocos Perlados ha havido que hayan dado la limosna que el Padre Fr. Luis de Granada, Frayle tan particular y pobre, como le hemos delineado. Ibanse los ojos tras los pobres, enternecíase, derretíasele el corazón, y qualquier necesidad hallaba grande acogida en sus entrañas piadosas. Los Perlados le daban larga mano, por el consuelo que vian recibía en dár limosna; y lo que daba eran trabajos y sudores propios, y lo que sacaba de los privilegios: summas quantiosas, alimentos eran de los miserables. Eran sus libros sustento de las almas y los cuerpos. Y por tener mas que dár, trataba su persona con la escasez y parsimonia que vimos, exercitando à un tiempo un cumulo grande de virtudes,

la pobreza Evangelica, la penitencia y austeridad rigurosa, la caridad con los proximos; escaso para consigo, liberal para los pobres. El Arzobispo de Valencia Don Juan de Ribera su grande amigo, como sabia el gusto que el Padre Fr. Luis tenia en socorrer los pobres, y que necesitaba de este alivio su encendida caridad, le embiaba casi cada año doscientos ducados para este efecto: y aunque quisiera que el Patriarca le repartiera entre los pobres de su Arzobispado, y se lo escribía (habia para todo) se alegraba con ellos, para alegrar à sus queridos los pobres. El santo Arzobispo era tan liberal y limosnero, que redundaba su caridad hasta Lisboa.

El Príncipe Juan Andrea de Oría le embiaba algunas vezes trescientos ducados: estos iban à los pobres con otras limosnas que le hazian Señores. Repartia la limosna de la Reyna Doña Cathalina; y tambien el Duque de Alva Don Fernando por mano del Padre Fr. Luis distribuía las cantidades que veríamos. Aliviaba el santo viejo su caridad abrasada, dando quanto le venia à las manos, parando muy poco en ellas. Alcanzaban estas limosnas por la mayor parte à personas honradas; pobres vergonzantes; repartialas por manos de hombres virtuosos confidentes suyos, que le buscaban los necesitados de la ciudad, y en dando aviso era cierto el socorro. Valióse en particular del Doctor Francisco Lopez Rosa, Medico, de buena vida; su hijo de confesion: iba encargado de notar en las visitas las necesidades; daba cuenta à Fr. Luis, y por su mano dió notables cantidades sin moverse de su celda, y con secreto. Dicese que de una vez distribuyó por mano de este Medico dos mil ducados entre pobres enfermos vergonzantes: singular limosna, digna de la mayor Mitra. Juntarianse sin duda de los socorros que le hazian para que se repartiessen por su mano, como de fiel despensero que tenia tan sabidas las

necesidades de toda la ciudad.

En favor de esta virtud, de que trató en varias partes, escribió un tratado al fin del libro de la Oracion, tan elegante y docto, tan lleno de eloquencia y espíritu, que puede ponerse al lado de quanto en esta materia se escribió en la antigüedad: y el haver necesidades en el mundo, es por no leer los ricos este tratado; porque discurre con tan divina energia, acumula tanta copia de razones, que convenciera los corazones mas duros.

CAPITULO VI.

De la virtud de la paciencia en los trabajos que tuvo el P. M. Fr. Luis de Granada.

A Cercándonos vamos à la cumbre de las virtudes del P. M. Fr. Luis de Granada, à las mayores demostraciones de su mansedumbre y humildad, à su invicta paciencia en las persecuciones, contradicciones, y trabajos; enfermedades, descreditos, que fueron el crisol de sus virtudes: llegamos à tratar de la ciencia de los Santos; ser despreciado, y hallar deleyte en el desprecio; perseguido, y amar el perseguidor; y alegrarse con las aflicciones y calumnias. O gran fuerza de la Philosophia Christiana! Parece muda la naturaleza de las cosas: convierte la tribulacion en alegría; y quanto son mas graves los males que afligen; tanto mayores manda que sean los gustos que se gozan, con esperanza de ser colmados los premios en la gloria; al paso que fuere mayor la semejanza è imitacion de Christo, que inocente padeció tanto por nuestro amor. Porque, como dice San Geronymo: Los estandartes de la cruz son las delicias de los Christianos: los trofeos de los justos no son las pompas, sino las miserias; y en esta santa milicia los oprobrios se tienen por ventajas, porque no solo se estima creer en Christo, sino padecer por Christo.

El Padre M. Fr. Luis de Granada tuvo mientras vivió un profixo exercicio de paciencia: dexo las molestias de la niñez, que fueron graves; mas padecelas el cuerpo; por estar entonces el discurso limitado: despues que entró en la Religion, en sesenta y cinco años que vivió en ella, fueron sin numero los trabajos y persecuciones; calumnias y contradicciones que padeció: y afirma su compañero haver sido infinitos los actos de su paciencia; y que havia materia para escribirse un libro; y que supo de persona fidedigna, que por todas las vias que pueden imaginarse, fue maltratado y perseguido.

Parece que si algun hombre havia de estar exempto de estas vexaciones, era este varon venerable, por sus letras, agrado, mansedumbre y condicion dulcissima, y haverse retirado de todo genero de oficios y puestos dentro y fuera de la Orden, cuya pretension suele levantar emulos: mas al hombre grande quando le faltaron? Que unas costumbres aviesas ganen aborrecimiento, que hombres que nacieron para ruina de los Reynos, padezcan el odio publico, no es maravilla; esto mucho, que los grandes talentos, las excelentes virtudes, los aplausos y auditorios numerosos, arrebatarse con la eloquencia los pueblos, el ser buscado y estimado de los Principes, amado y venerado de la multitud, grangee crueles enemigos: esto puede causar la admiracion y espanto. Adquierense sin duda; tal es la miseria y depravado natural de muchos, que se atormentan con lo que deleyta à otros. Por estos è otros motivos es cierto que el Padre Maestro Fr. Luis padeció las malas correspondencias que suelen hazer los emulos, que so color de zelo y otros titulos palian malevolencias y odios implacables; permitiendo asi Dios para castigo de los pecados de estos, y gran exercicio de paciencia y corona de sus siervos. Dice asi San Geronymo, hablando de Santa Paula en su Epitafio: Sigue siempre à las

virtudes la embidia; hieren los rayos los montes mas encumbrados. No hay que admirar que diga esto de los hombres, pues que Christo Señor nuestro fue crucificado por la embidia de los Phariseos, y todos los Santos tuvieron emulos, y en el Paraíso huvò tambien serpiente, por cuya embidia entró la muerte en el Orbe de la tierra. Levantóse el Señor un Adad Idumeo que la maltratase; porque no se envaneciese, y que à modo de un estimulo de la carne, muchas vezes la exercitase, para que la grandeza de las virtudes no la levantassen, y por verse sin los vicios de las demás mugeres, creyese estar ya puesta en la cumbre. Hasta aquí el Santo Doctor.

Al P. M. Fr. Luis le levantó nuestro Señor por oculta providencia suya, no uno, sino muchos Idumeos que por todo el largo espacio de su vida le acosaron, y con la persecucion aseguraron sus virtudes, y adelantaron su corona, dando larga materia à su paciencia. Hallóse en Roma uno de sus emulos quando se tuvo por cierto que la Santidad de Sixto V. le havia hecho gracia de un Capelo, como en su lugar diremos; corrió tan publico, y tuvose por tan hecho, que muchos le escribieron parabienes à Lisboa: portóse en este trance el varon Apostolico con la virtud que se verá adelante. Su enemigo se le opuso è manera, è hizo tan extraordinarias diligencias, que bastarán à impedirle este gran puesto, quando él no le huviera renunciado. De todo fue sabidor Fr. Luis; vino despues el personaje al Convento do moraba; fue tan rara su paciencia, que le trató con summa caridad, sin una ligera señal de sentimiento; mostróle el semblante igual, no le dió à entender lo que havia pasado, ni habló palabra en el caso, ni se quexó à otra persona; dirigiendo el fuego de su caridad tan dura correspondencia. Dexar la purpura Cardenalicia con los santos motivos que tuvo el Padre Fr. Luis de Granada, fue accion loable: queda

el brazo sabroso, el animo sosegado: tiene el dexar mucho de soberano. Mas tolerar con igualdad y grandeza de animo que con calumnias, y tantas injurias y desdoras como suelen jugarse en estas ocasiones, se le impida esa tan suprema dignidad, es virtud heroica.

Algunos de los malevolos intentaron desacreditalle con el Rey nuestro Señor quando pasó à Portugal, y no atreviendose à poner nota en sus costumbres y vida tan inculpable y santa, le dixerón que estaba ya decrepito y faltó de juicio: y así su Magestad luego que llegó à Lisboa, no hizo caso de él, ni echó menos el no verle. Entendiólo Fr. Luis, y daba gracias à Dios, y agradecía à sus emulos de que sin culpa suya le huviessen puesto en estado que no hiziesen caso de él, y le dexasen en su rincón sosegado, sin divertirle con el trafago del mundo. Ibanle à vér los Señores de la Corte siquiera por defuera, por la celebridad de su nombre; hallaron un hombre mas sazornado, mas discreto, mas sabio, entendido y santo, que podia desearse. Frequentabanle, teníanle por oraculo divino, y le ocupaban mas tiempo del que él quisiera: informaron al Rey que nunca havia tenido mas cabal el juicio, ni havia hombre mas digno de ser tratado y oído. Su Magestad mandó le predicasse en su Capilla; hizolo algunas vezes con tal aceptación, que admiró al mundo, viendo en tanta edad (pasaban de setenta y seis sus años) tal ardimiento, tales fuerzas, tal brio, tal viveza de entendimiento, y (lo que mas es) un espíritu del Cielo. Con igual ò mas feliz suceso que Sophocles, de quien dice San Geronymo en la Carta à Nepociano de la vida de los Clerigos, que como por la demasiada vejez y descuido de su hacienda le acusassen sus hijos de hombre faltó de juicio, refirió à los jueces una Comedia de Edipo que poco antes havia escrito, y ostentó tan gran lustre de facundia en edad tan quebrantada, que la severidad del Tribunal

convirtió en aplauso de theatro. Aventajóle Fr. Luis de Granada en la materia y en el auditorio: admiró aquel à pocos jueces de Athenas; y el Venerable Maestro mereció la aceptación del Monarca de dos Orbes.

Sucedió lo mismo con el General Fr. Sixto Fabro, à quien sus emulos havian dicho que estaba enfatuado é incapáz para tratarle y verle; con que havia formado concepto conforme à la relación: quiso le vér sin embargo, y en su presencia oró en la lengua Latina con tan gran elegancia, y eloquencia, que el Maestro General y sus compañeros quedaron admirados, viendo en tantos años tal entereza de juicio, y tal facilidad en lengua extraña. La mucha edad no solo hizo mella en el entendimiento de Fr. Luis, antes aumentó su ciencia; verificandose en él lo que dice San Geronymo en el lugar que alegamos, que casi todas las virtudes que se exercitan con el cuerpo, se mudan en los viejos, y creciendo la sabiduria, se ván disminuyendo las demás virtudes; pero la vejez de aquellos que destruyeron su mocedad con buenas artes, y meditaron en la ley del Señor el día y la noche, con la edad se haze mas docta, mas experimentada con el uso, y con el discurso del tiempo mas sabia, y coge dulcissimos frutos de los estudios antiguos.

No paraban las injurias en el Venerable Maestro; participó de ellas tambien su compañero solo por esté titulo: perseguióle pesadamente el personaje que se atravesó al Capelo; dabale mil ocasiones en que cada día arriesgasse la paciencia; y dando cuenta de lo que padecía al Maestro, le dixo: *Opprobria exprobrantium mihi, ceciderunt super te*; dandole à entender que por su causa padecía; y esta fue sola la palabra que en el discurso largo de sus persecuciones se le oyó: no puede llamarse de sentimiento, sino de advertencia y de consuelo al compañero afligido, por que entendiesse que no padecía por cul-

pa propia, sino por ser prenda suya. Acudiale con amor y puntualidad; y no era mucho amar à varón tan santo: à esta parte quisieron asestarle y hazer una molestia pesada, por lo mucho que necesitaba de su ayuda. Hizieron que el General le quitasse el compañero, que era todo su regalo y desahogo, con pretexto de ciertas quejas falsas que de él dieron, atravesando en el caso la conciencia. El Padre Fr. Luis con una intención rectissima, è increíble paciencia; dixo al General: Reverendissimo Padre, quitandome este compañero, me quitan la vida; mas yo la perderé, si en él se hallare alguna falta notable ò escandalo de pecado mortal: mas si lo hay, nunca Dios quiera que interese proprio me haga favorecer al malo: tan deshecha andaba la tormenta.

Respecto de los casos referidos parecerá cosa leve lo que estoy para escribir; mas tal vez las menudencias suelen irritar mas, y dár materia à no menor sufrimiento; porque en ellas suele mostrarse mas la desestima que tienen de la persona. Poco antes de su muerte, haviendole llevado un panecillo para hazer colacion algo temprano, aunque él la hazia bien tarde, llegó un pobre, y diósele (no era mas en su mano) embió al Refitolero por un pedazo de pan: no quiso darsele, y se salió con ello: que para un Provincial que havia sido, no fue poco desprecio. Calló Fr. Luis, no se quejó; disimuló con paciencia; quedóse sin hazer colacion aquella noche por falta de pan, y sobra de paciencia, y está tan seca como siempre su alacena.

Con estas persecuciones y molestias gratificó nuestro Señor à este gran siervo suyo lo mucho que le havia servido, y fueron premios de sus estudios y viglias: porque en la casa de Dios se pagan servicios con trabajos, virtudes con tribulaciones, y el escribir y predicar con excelencia, permitiendo desagradecimientos: à los loables sudores siguen malas correspondencias de

los emulos. En el capítulo 10. de San Marcos promete Christo nuestro Señor al que dexare por su amor casa y hermanos, lo mismo cien vezes doblado en esta vida, y demás à mas persecuciones, como parte de premio de obra tan grande. Este es el Caliz que pidió Christo à su Padre que pasasse de él; no que quedassen sin él, segun exposicion de San Hilario, sino que como él le bebió, le bebiesen sus amigos, sin los tedios y amarguras que él sufrió, sino con aliento y gozo, facilitando à la carne con su gracia lo acerbo que padeció por nuestro amor. Es grande el premio que se sigue al padecer: el multiplicar trabajos en quien los lleva con resignacion y con paciencia, es multiplicar coronas.

En las persecuciones, haviendo sido tantas y tan grandes en diferentes tiempos, estuvo su valor, su fortaleza tan superior à todas estas tormentas, que nunca se le oyó queixa alguna de los que se las causaban y quitaban la opinion, ni consentia que de ellos se dixesse mal en su presencia; volviendo por ellos como por amigos, tratandolos con summa caridad; nunca entre tantas injurias como le hizieron, fue quebrantado su animo; llevólo todo con aliento generoso, semblante sereno y quietud, con igualdad de espíritu, sin llegar à su pensamiento el mas ligero retorno; sí bien eran personas de quien podia tomar satisfaccion facilmente: mas estaba tan lexos de ello, que antes à sus contrarios les procuraba favorecer y agradecer.

Estas aflicciones y trabajos, llevados con tan exemplar paciencia y silencio, fueron utilissimos al Venerable varón: con ellos se iban acrisolando sus virtudes; pues son el fuego en que nuestro Señor suele probar sus escogidos, y los vá limpiando y perficionando aun de los mas leves defectos. Dió su paciencia raro exemplo à los Religiosos para llevar con sufrimiento semejantes molestias: mas la utilidad mayor fue, que con las persecuciones se acrecentó gran-

demente el aprovechamiento de su alma; sirviéndole de escuelas é incentivos para mas aumentar y acrecentar las virtudes, como realmente crecían y se aumentaban: porque no hay medio con que mas aprisa crezca la virtud del animo; que con las tentaciones y trabajos; pues con la frecuencia de los años del sufrir se alcanza la gran virtud de la paciencia, que dispone para la última piedra del edificio espiritual, y dá la perfección à los Santos: y así afirma el Padre Fr. Francisco de Olivera que la mayor prueba de su santidad fue la tolerancia grande con que llevó sus persecuciones y trabajos, prevaleciendo con solo el sufrimiento contra tantos calumniadores y contrarios, sin perder un pelo de su valor y constancia.

Pertenece à este lugar, yá que los emulos del V. P. M. Fr. Luis se valieron para desdorarle de su demasiada edad (procurando persuadir que siendo tanta, estaba anexa à ella la incapacidad del animo y defecto en las potencias) decir algo de su felicidad en esta parte. Es verdad llana, hablando generalmente, que es favor de Dios muy singular, y ostentacion de su amor, la vida larga, y prorrogarla entre enfermedades y achaques hasta los ochenta años y mas; siendo un bien el mayor de los humanos. Así à aquellos grandes amigos suyos del Testamento antiguo, que florecieron en todo genero de virtudes, les concedió distancias largas de vida, como à Noé, Abraham, Jacob, Moyses y otros, en premio de sus merecimientos. Honra Dios à los ancianos, y manda en las divinas letras les veneren todos como à hombres privilegiados con quien su Magestad se mostró tan liberal: siendo innumerables los que en el primero y medio curso de la vida desfallecen, él los preserva y haze como inmortales (que la vejez es como una imagen de la inmortalidad.) Así todas las naciones dieron à la senectud juiciosa summo honor; hallandose comunemente en ella todas las virtudes,

Uno de los hombres que ha havido en el mundo mas favorecido de Dios con larga vida (y con ella tambien favoreció al mundo) fue el Padre Maestro Fr. Luis de Granada; pues pasó de ochenta y quatro años de edad; que para lo que hoy se vive es raro; llegó à una ancianidad tan venerable tan adornado de gloria y virtudes, que es un argumento de quan agradable era à Dios su alma. A esta felicidad llegó por los sudores y estudios de su juventud y edad media: porque es comun sentimiento de los Santos y Philosophos, que el mejor aliento de la vejez es el trabajo de la mocedad; y como los trabajos del Padre Maestro Fr. Luis de Granada en las letras y virtud fueron tan grandes mientras florecieron la robustez de los miembros y las fuerzas del cuerpo, grangeó una vejez docta, prudente, sabia, venerable, santa, y en todas sus acciones maestra de virtudes. Pudo decir y diria con el Santo Rey Propheta: Señor, que me enseñaste desde mi juventud, y hasta ahora no callaré tus maravillas; y hasta la vejez y hasta las muchas canas no me desampares.

Las virtudes todas de que en este libro con tanta cortedad hemos hablado, se aumentaron en el Padre Maestro Fr. Luis de Granada hasta el último aliento, guardando el ayre à la prudencia y discrecion, que en edad tan crecida sazonan las acciones de la vida. Mas la sabiduria fue creciendo incomparablemente con los años, sin que la embarazassen los achaques y otros malos efectos que la ancianidad haze en los cuerpos. Estuvieron las potencias mas vivas, mayor la entereza del entendimiento, la memoria mas cabal, la voluntad promptissima; perseveró en el componer y escribir hasta la última enfermedad: la muerte le quitó la pluma de la mano.

Gloriase la antigüedad (como refiere S. Geronimo) que Platón de ochenta y un años murió escribiendo libros: Isocrates cumplió noventa y nueve años

en

en el trabajo de enseñar y de escribir: Pitagoras, Democrito, Xenocrates en edad anciana crecieron en sabiduria: Homero, Hesiodo, Simonides, Stesiphoro, Poetas, en edad crecida, vecina yá à la muerte, cantaron un no sé qué (à modo de Cines) de mayor dulzura. Mas lo que estimó la antigüedad, no havia de faltar à la Iglesia. S. Gregorio Magno, Pontifice Summo, no solo de mucha edad, mas gravado de enfermedades penosas, dictó varios volumenes. Del glorioso San Gregorio Nazianzeno escribe Suidas que de noventa años, oprimido de achaques, aplicó el ánimo à escribir versos. Y de San Augustin glorioso refiere Posidonio haver poco antes de espirar dictado, corregido y enmendado sus libros. El gran Doctor San Geronimo en extrema edad, que fue larguissima, estuvo alumbrando el mundo con sus cartas y doctrina. Puede agregarse à los hombres insignes de la antigüedad, à los Doctores gloriosos de la Iglesia, el Padre Fr. Luis de Granada; pues los mas graves y doctos escritos suyos los compuso en edad decrepita.

La Adicion al Memorial de la Vida Christiana, en que trata del amor de Dios con tan elevado espíritu, le acabó siendo de setenta años ó cerca; dedicóle à la santa Condesa de Feria, Monja en Santa Clara de Montilla, año de mil y quinientos y setenta y tres, quando tenia la edad que decimos. La Introduccion al Symbolo de la Fé, obra de summa erudicion, le acabó el año de quinientos y ochenta y dos, siendo de edad de setenta y ocho años. Estando en Lisboa Don Pedro de Granada, hoy Marques de Campo-Rey, le dixo estaba escribiendo este libro, y que era el capitulo en que se havia de envolver para morir, y le pidió un escriviente. La quinta parte de este libro, que contiene quatro libros doctissimos, le acabó cumplidos ochenta años; dedicóle al Serenissimo Cardenal Alberto el año de ochenta y quatro, que los cumplió. Fi-

Tom. I.

nalmente en la enfermedad postrera compuso el sermon de los escandalos (de que harémos larga mencion adelante) sin que los accidentes del mal, y ochenta y quatro años cumplidos, que pudieron llegar à ochenta y cinco, le estovassen estudiar, disponer, dictar sermon tan docto, tan adornado de eloquencia, erudicion y acierto, para que fuesse el testamento ó testimonio último de su sabiduria. Pudo decir con Caleb de las fuerzas de su animo, lo que el valiente Capitan Hebreo de las de su cuerpo: *Hodie octoginta quinque annorum sum: sic valens, ut eo valebam tempore, quando ad explorandum missus sum.* Y Fr. Luis el dia de su feliz transito: hoy soy de ochenta y cinco años, y me hallo con el juicio y entendimiento tan entero, como en aquel tiempo que me embiaron mis Superiores al Colegio de San Gregorio de Valladolid à explorar la sabiduria. Este es sin duda uno de los mayores prodigios que se han visto en esta edad.

CAPITULO VII.

De una penalidad muy grave, que al P. M. Fr. Luis de Granada le sobrevino.

EN otra prueba no menos penosa puso nuestro Señor à su gran siervo, en que con igual merito salió triunfante y victorioso. Fue el Padre Fr. Luis de Granada de su natural corto de vista (moestia grande de toda la vida en un hombre que vivia del estudio, y casi siempre estaba sobre los libros.) Sucedió pues que la poca que tenia, la vino à perder de todo punto en un ojo, por la importuna fuerza del estudio. Encomendaronle que predicasse un sermon de un dia para otro, con ocasion precisa, (tales son los aprietos en que ponen à los Predicadores favores de poderosos, tal vez antojos) trabajó incessablemente toda la noche revolviendo los libros y papeles, discurren-

O

rien-

riendo, escribiendo con la intension que pide una acelerada prisa en un hombre de gran fama, y por ventura la ocasion obligaba à este desvelo: dexóse caer en la cama cerca de amanecer, por reparar un poco la cabeza: recordando, halló que se le havia vaciado la niña del ojo, sin esperanza de reparo, y él que quedaba tan falto como hemos dicho. Quedó el santo varon con el animo tan sereno y apacible en un accidente tan pesado, que tanto podia conbar al corazon mas robusto, que se fue à predicar su sermon sin genero de desmayo, antes con gran tranquilidad y aliento, como si nada le hubiera sucedido: tan conforme vivia con la voluntad de Dios, tan mortificado, tan superior à las pasiones humanas.

Tuvo en fin por ciego; afliccion grande, y de las mayores que pueden venir à un hombre: apenas sin los ojos se puede exercitar accion humana perfecta y cumplidamente. Llamó S. Gregorio Niseho con mucho acierto à los ojos maestros y doctores de nuestras obras; porque son los que enseñan y adiestran, ò porque de verdad hazen Doctores, y faltando los ojos à quien lo fue tan grande, venia à quedar discipulo.

Fue este trabajo al Padre Fr. Luis copiosa materia de paciencia, y él à la posteridad exemplo de esta virtud. Vienele ajustadamente las palabras que la Escritura dice del santo viejo Tobias, que aplicáremos con piadoso afecto à nuestro V. Maestro. Esta tentacion de la ceguera permitió el Señor que le viese, para que à los venideros se les diese exemplo de paciencia, como la del santo Job. Y repara agudamente un docto, de parear la Escritura à los santos Job y Tobias, y darlos igualmente por exemplo de paciencia, el gran trabajo que es perder la vista; pues à tantas perdidas como tuvo el santo Job, de hijos, salud, hacienda, Reynos, descanso y quietud, pero quedando con vista, se pone al igual la perdida so-

la de los ojos que tuvo el piadoso Tobias: equivale el quedar ciego al perder todas las cosas.

No fue solo la virtud de la paciencia la que en este caso tan penoso exercitó el Padre Fr. Luis: su humildad parece se adelantó al sufrimiento. Dióse, como diximos, por ciego; y ofreciendo à Dios este trabajo, determinó darle los sentidos que quedaban, con un nuevo sacrificio de verdadera humildad y buen exemplo para los tiempos presentes. Merecen los ciegos de ordinario la limosna tañendo; consideró que podia tambien asi merecer el pan de la Religion; pasó á poner por obra el pensamiento; puso con mucho espacio à aprender à tocar tecla, para en el organo officiar en el Oficio divino; supolo facilmente, porque le ayudó lo mucho que sabia del canto de organo.

Pudieron ofrecersele al P. Fr. Luis varias ocupaciones, conforme à sus letras y talento; podia exercitarse loable y honorificamente en un Confesionario, guiando y gobernando almas con gran fruto: y puesto en él, concurreria lo mas lucido y espiritual de Lisboa. Podia, leyendole otro, proseguir sus doctas escrituras; que con las grandes noticias que tenia de lugares de Escritura y Santos, era facil pedir, y proseguir escribiendo: y quando descansára despues de una peregrinacion tan larga, no comiera el pan desmerecido. Mayormente, que quedandole el discurso y entendimiento tan enriquecido è ilustrado, sin duda que no viviera ocioso: tenia el pecho, como del de Nepociano dixo San Geronymo, hecho una libreria de Christo; no necesitaba para dictar y escribir de mas libros; de todo esto le hizo olvidar su mucha humildad, y vil concepto que de sí tenia, insistiendole y obligandole à dár en un tan notable pensamiento.

Los quilates de esta accion tan humilde, de este abatimiento extraordinario, hallarálos cabalmente el que huviere tratado muchos doctos, y lo que

comunmente dá el saber de estimacion y sobrecejo. Este trabajo le sucedió à Fr. Luis de Granada en los ultimos años de su vida, quando en el mundo y entre los mayores de él tenia la estimacion y credito que verémos: y tanto hombre no tuvo por indignidad de su persona humillarse à un exercicio tan manual y ordinario: de que se colige facilmente el vil concepto que de sí tenia el heroico varon, lo poco que se estimaba. Mayor ponderacion piden estas cosas, que la que sabe darlas mi ignorancia. Los que tuvieren gran sabor de Dios y de las virtudes, sabrán descubrir el manantial de dó naciañ acciones de tan profunda humildad.

Pasó asi algunos dias: ò fuesse que la falta del un caño de la fuente de la vista (como es cosa ordinaria) se esforzasse à salir mas copioso por el otro; ò que quisiesse nuestro Señor no privar à su Republica de los frutos de tal espiritu y de tales ojos; hallando que no havia perdido de todo punto la vista, volvió à entender en los libros, y tomar la pluma, y emplearla como antes en tan gran beneficio de la Iglesia. Valiase de un medio con que sentia alivio, que era escribir en papeles de colores, con que salia mas lo escrito, ò le avivaban el vér: en ellos escribió la Vida del gran Perlado Fr. Bartholomé de los Martyres, Arzobispo de Braga; y podia la piadosa consideracion atreverse à pensar que la cantidad de tal sugeto pudiese ayudar mucho à reforzar la vista: y à los meritos del Historiador no se debia menos.

CAPITULO VIII.

De una gravissima enfermedad que tuvo el P. M. Fr. Luis de Granada dos años antes que muriesse.

FOrma Dios nuestro Señor à sus mayores amigos à semejanza de su Santissimo Hijo Christo Señor nuestro, exemplar unico que se les mostró en el

Tom. I.

monte de la Cruz. Llevales como por la mano por aquellos pasos mismos por donde anduvo el Cordero, labrandolos y ajustandolos à este divino original: y quanto es mayor la semejanza, tanto mayor su agrado para con ellos, mas tierno el cariño, mayores las mercedes. Comenzó à padecer Christo Redemptor nuestro desde el instante que se ciñó de nuestra mortalidad, los trabajos todos que repartidos suelen hallarse entre los hombres; y al paso que iba creciendo el cuerpo, se iban aumentando los trabajos y penalidades, sin comparacion mayores en los ultimos años de su predicacion y sus jornadas; mas en las postreras horas de su santissima vida fueron excesivos los dolores, los tormentos y afrentas, los desamparos, quales pedían su amor, nuestro remedio y exemplo.

Vemos lo mismo en proporcion en los grandes Santos; à quien la Magestad Divina, quando se acercan à los ultimos trances de la vida, agrava con dolores y enfermedades penosas, trabajos, persecuciones, para mayor purificacion de sus almas, colmo de merecimientos, y exemplo à los venideros, à quien propone para imitar, su paciencia.

Pasó esto mismo en nuestro Venerable Fr. Luis de Granada, à quien Dios nuestro Señor, para acrisolar y apurar mas el oro de sus virtudes, y expeler de este gran siervo suyo toda escoria, si alguna havia quedado, se sirvió de darle en los ultimos años de su vida una muy grave y penosa enfermedad, y otras tribulaciones no menos terribles.

Sucedió que la vispera de la Magdalena del año de 1586. se le dilatasse en demasia una pequeña rotura (trabajo que padeció toda la vida) que antes tenia, por donde se le cayeron subitamente las tripas. Grande y congojoso accidente, por el peligro que corrian de enfriarse, y ser muy ordinario no vivir veinte y quatro horas aquellos à quien sobreviene este trabajo. Recogióse à la cama con un corazon resignado

O 2 y

y animoso. Entró el siervo de Dios en congojas de muerte, en un aprieto de la mayor pena y dolor que puede imaginarse: no era el cuidado el peligro de la vida, y si las tripas habían de restituirse à su lugar natural; acometióle una vergüenza grande, una confusion terrible de pensar si era forzoso (como lo parecia) haver de descubrirse: tormento sin duda grande en un varon tan grave, en quien la desnudez es aspera y vergonzosa. Decia que quisiera (pudiendo con conciencia) antes morir, que venir à este remedio; y que todos los tormentos del mundo que entonces se le ofrecieran, los padeciera mas gustosamente, antes que descubrirse y mostrarse. El primer efecto del pecado que sintieron nuestros primeros padres, fue la penalidad de la vergüenza de la desnudez, que no advirtieron en el estado de inocencia; y à lo que primero procuraron socorrer. El P. M. Fr. Luis de Granada, que por su gran virtud se havia acercado à aquel estado dichoso de la inocencia original, à que procuran restituirse los santos en su modo, se via caer del estado de inocencia, à experimentar la penalidad y confusion de la desnudez vergonzosa.

Dió Christo nuestro Señor en este trance à beber al Venerable Fr. Luis de Granada parte del Caliz de su pasion dolorosa. Permitted este Divino Señor afligir su animo honestissimo con la amargura del vehemente dolor de que su cuerpo santo se expusiese desnudo à vista de tantos y tan crueles enemigos, amarrado à una columna, cercado de una compañía de soldados, que con ojos impuros le miraron con tanta irrision è ignominia, y clavado en una Cruz, donde se renovó el horror de esta desnudez, en medio de dos ladrones, à vista de una ciudad populosa, que con animos perversos le contemplaron: tormento grande, que como toca à la parte intelectual del animo, se pondera menos. Mas esta terrible afrenta penetró con agudo dolor y sentimiento el cora-

zon del Salvador del mundo: diólo à entender por David en el Psalmo quarta y tres, donde dice: La vergüenza me es tormento, y la confusion de mi rostro me cubrió todo. Gran parte de este amarguissimo Caliz bebió en esta ocasion el Venerable Fr. Luis: cubrióse de esta confusion, de esta vergüenza.

Venidos los Cirujanos y Doctores, les preguntó (por si podia eximirse de la penalidad que asi le congojaba) si estando las tripas caídas en aquel modo, sería posible vivir? Respondieronle que no, y que era forzoso intentar todos los medios posibles para reducir las à su lugar natural. Dixoles con gran sentimiento: Pues asi es, y que no puedo ser homicida de mí mismo, hagan su oficio: y poniendo los ojos de la consideracion en Christo crucificado y desnudo, se expuso con gran mortificacion à padecer el tormento.

Comenzaron los Cirujanos à hacer sus experiencias, y poner todos los medios que el arte y la industria les dictaba; mas en vano: cansados los unos, venian otros à atormentar al Venerable viejo; porfiaron sin dexarle reposar en veinte y quatro horas, en que no cesaron de hazer pruebas y remedios, sin que ninguno acertasse ò pudiesse reducir las tripas à su lugar: cada qual esforzó el arte y las manos; las tripas habían salido de manera, que los remedios sirvieron de martyrio: salieron todos vanos, y su trabajo inutil.

Fue nuestro Señor servido que con lo que otros mueren, él viviesse: y viendo que no moria, y que las tripas, asi como estaban fuera de su lugar, hazian su operacion ordinaria, se las dexaron en esta forma, atandoselas con una venda de lienzo muy ancha, en que las trahia recogidas, que sin ella le llegaban abaxo de las rodillas. Vivió con este penosissimo trabajo casi dos años y medio, sin mostrar jamás ningun rastro de impaciencia ò quexa, prosiguiendo en su modo de vivir.

Es digno de toda ponderacion, que

pudiendo este accidente obligar al Venerable Maestro à tomar otra resolucion en su tenor de vida, fue tan grande el vigor de su espíritu, y el teson de tantos años en sus santos exercicios, que los continuó con el aliento de antes: decia Misa todos los dias con el esfuerzo ordinario; igual la devocion y detenimiento; y à este tenor las demás obras y trabajos santos con que pasaba en salud: cosa verdaderamente rara en un hombre que pasaba de ochenta años, y por lo corpulento muy pesado: mas el amor grande de Dios todo lo facilita y aligera.

Nunca los trabajos vienen solos, y mas si la labor vá de primor. Amaba nuestro Señor al Venerable Fr. Luis, y es comun estilo suyo dár à los mas queridos mas dolores. No se acabó la parte del Caliz que Christo nuestro Señor determinó comunicar à su gran siervo, en las injurias, trabajos y enfermedades que hemos visto, demás del peso de una vejez larga y achacosa, y en una Religion aun mas molesta: quedaba el ultimo trago, que de ordinario es mas amargo. Uno de los trabajos que padeció Christo nuestro Señor en su pasion dolorosa, fue el descredito de su persona santissima, de su doctrina y acciones con los que le conocian, viendole juzgado y condenado por tribunales supremos, por los doctos y religiosos de Jerusalem: trabajo penosissimo, y de los mayores que padeció el Cordero. Toca muy en lo vivo perderse la reputacion sin culpa, y ser tenido por malo el inocente. Fue trabajo muy particular de Jesu-Christo, y de pocos amigos à quien se dignó comunicarle: discurre de este trabajo divina y tiernamente aquel gran Contemplativo, honor de Portugal, y de la Sagrada Religion de San Augustin, el Santo y Venerable Fr. Thomé de Jesus, y Jesus suyo, pues asi supo retratarle del original, que en su corazon tenia esculpido: es el trabajo treinta y seis en la segunda parte: libro digno de laminas de oro.

El P. Fr. Luis de Granada fue uno de los amigos que participó de este trabajo en los ultimos dias de su vida: sin culpa propriamente suya padeció descredito en su opinion, no con los doctos y hombres de buen sentir, y aun de moderado discurso: mas como tambien hay vulgo (y vulgo llamo, como dixo bien Seneca, no solo la plebe ruda, mas muchos de los que visten seda y ropas largas; y dice el Phariseo presumido: Si este fuera Propheta, supiera sin duda qual era la muger que se le llega, porque era pecadora) me ha parecido forzoso discurrir algo mas largo de lo que hasta aqui se ha hecho, del caso ò caída de Maria de la Visitacion, que comunmente llaman la Monja de Portugal, cuya santidad fingida ocasionó al Padre Fr. Luis este trabajo. No descubro inconveniente alguno referir en las Historias Eclesiásticas las caídas de personas Religiosas, ò qualquiera que profesa la religion Christiana; la qual en sí santissima, no depende su credito del yerro ò desacierto del que peca. Cayó un Apostol miserablemente: los Santos Evangelistas refieren su pecado, sus siniestros, su infeliz despeño, sin que la escuela de Christo pierda por este suceso. Por esta razon no se embarazan los Historiadores en contar caídas semejantes, ciertos que no incurre ni una ligera nota la Religion adonde cae el suceso. Antes dice à este intento el Padre Martin Delrio en la Epistola Apologetica en la Magia, estas palabras.

Deinde censeo utile esse Christianis etiam lapsus Religiosorum publicos redargui scriptis; tùm quia conducit ad quorundam humilitationem, & aliorum cautelam, ut qui stant, videant ne cadant. Deinde cum vident Hæretici nos ea non dissimulare, desinunt ea ingere: & sanè quo magis ea teguntur, hoc se clarius produnt; quo palliantur diligentius, fædiora apparent, & (ut ait ille) iners malorum remedium ignorantia est. Ideò gravissimi & sapientissimi Scriptores censuerunt eiusmodi exempla
lit-

litteris, ad ostendendam Dei iustitiam, & hominum fragilitatem, sibi monumentis Historiarum commendanda. Id placuit Sophronio, Cassiano, Petro Cluniacensi, Petro Damiano, Surio, Baronio, & ex ipso D. Dominici instituto, Niderio Cantipratensi, S. Antonino, Leandro, Antonio Senensi, Ferdinando del Castillo; quorum libri merito laudantur, leguntur, retinentur.

Tengo por útil à los Christianos contar las caídas publicas de los Religiosos, porque conduce à la humillacion de algunos, y à la cautela de otros, para que los que están en pie, vean no caigan. Demás, que viendo los Hereges que no las disimulamos, dexan de hazer fiesta de ellas, y darnos con ellas en la cara. Y quanto estas cosas mas se encubren, ellas mismas se publican; y quanto con mayor diligencia se ocultan, se piensa que son mas feas. Y como dixo el otro, floxo remedio de los males es la ignorancia. Por tanto, hombres gravissimos y sapientissimos Escritores juzgaron dar estos exemplos à la estampa, para ostentar la ira de Dios, la fragilidad de los hombres, y que quedassen vivos estos casos en la perpetuidad de las Historias. Esto pareció así à Sophronio, Casiano, Pedro Cluniacense, Surio, Baronio, Niderio Cantipratense, San Antonino, Leandro, Antonio Senense, y Fr. Hernando del Castillo; cuyos libros se alaban, leen y estiman.

Y el Padre Maestro Fr. Hernando no rehusó escribir aquel caso espantoso de la voz que salió del sepulcro del glorioso Patriarca Santo Domingo reprehendiendo à los Frayles. Y aun sin fundamento cierto la vision del Refitorio de Napoles; y no haver pasado tal suceso, ni habiendo razon para escribirle, prueba largamente el Obispo de Monopoli en el Prologo de la tercera Centuria de la Historia de la sagrada Religion de Santo Domingo. Y en estos dias el R. P. Fr. Zacharias Boverio, en los Annales de los Padres Capuchinos, escribiendo las vidas de santissimos va-

rones, firmes columnas de Christo, que han ilustrado esta sagrada Religion, no rehusó referir con gran especialidad las caídas de algunos Religiosos que miserablemente faltaban à su instituto, cumpliendo las leyes de tan gran Historiador.

CAPITULO IX.

Suceso de la Monja de Portugal.

LOS que escriben las Vidas de varones grandes que por la puerta de la virtud entraron en el templo de la inmortalidad, no cumplen con la obligacion del intento, con referir solamente los sucesos prosperos, sus felicidades y virtudes: es tambien materia forzosa de la historia escribir los trabajos y aflicciones, casos adversos y defectos, si acaso como hombres los tuvieron.

Haviendo referido el gran Padre de la Iglesia San Geronymo los sentimientos tiernamente afectuosos con que la gloriosa Santa Paula lloraba la muerte de sus hijos (fue tan madre como santa) añade el santo Doctór estas palabras: Dirá el prudente Leçtor que en lugar de alabanzas refiero faltas. Testigo me es Jesus, à quien ella sirvió, y yo deseo servir, que nada finjo en una y otra materia, mas como Christiano digo lo que es verdad de una Christiana: quiero decir, que escrivo historia, no panegyrico, y que sus defectos son virtudes de otros: defectos digo, segun mi afecto, y el deseo de todos sus hermanos y hermanas en el Señor, que la amamos y la buscamos ausente.

Apenas en la Vida del Venerable Padre M. Fr. Luis de Granada hay un ligero defecto de que poder notarla: tan clara, tan candida lució siempre, tan igual como hemos visto: mas de una caída agena obliga à hazerse mencion en esta Historia, mas por haver sucedido à vista suya, que por resultar contra su reputacion algun defecto ò nota que amancille su credito en la opinion y buen sentir de los doctos. Mas porque

son

son como los rostros varios los juicios de los hombres, y puede con el tiempo acrecentarse ò fingirse; y porque es bien que estos sucesos se sepan para escarmiento y advertencia, me ha parecido hazer alguna memoria de la Monja que llaman de Portugal, no el primero, pues de ella se haze mencion en tantos libros; y juntamente mostrar, quanto alcanzaren mis fuerzas, que por este suceso no debe disminuirse un punto el credito que todos tienen de la singular virtud del P. M. Fr. Luis de Granada.

No admiran las caídas de los hombres virtuosos los que saben que es ser hombres, y han leído la Escritura sagrada, y Historias Ecclesiasticas, llenas de sucesos lastimosos, de estrellas que pareciendo fixas en el firmamento de la virtud, cayeron en el profundo de los males. Quantos cedros del Libano, que parecian tener echadas profundissimas raíces de virtudes, les arrancaron los vientos de tentaciones floxamente resisitadas? Oímos, y vemos varones espirituales, constituidos en la suprema esphera de perfeccion haver caído; sin poder responder mas, que ser hombres. En sentido moral entiende à este proposito el glorioso San Geronymo, en la carta à Juliano, la escala que vió en sueños Jacob, por donde subian y baxaban Angeles. Angeles baxan hasta dexar de serlo, muchas vezes para mayor subida. Suelda la humildad de un caído lo que estragó la presumpcion de un sobervio que se tenia por justo: en busca del que lo es, anda el demonio; los buenos son sus manjares regalados, sus mas apetecidas presas. Dice divinamente el Doctór Maximo à la Virgen Santa Eustochia, en el libro que la escribe de la guarda de la virginidad, advirtiendola del peligro de los que profesan virtud: No quiero que de tu grado te nazca sobervia, sino temor. Cargada de oro caminas; cuidar debes del ladron. Estacada es esta yida à los mortales; aquí combatimos, para que allá nos coronen. Nadie anda seguro entre serpientes y escor-

pciones. Embriagada de sangre (dice el Señor) está mi espada en el Cielo; y tu piensas que puede haver paz en la tierra; que brota espinas y abrojos, y en ella se apacienta la serpiente? No es nuestra lucha contra la carne y sangre, sino contra los Principados y Potestades de este mundo, retores de estas tinieblas, contra los espíritus malos que se fióran esta region del ayre. Cercados estamos de grandes esquadrones de enemigos, todo está lleno de contrarios: la carne fragil, y que con brevedad será ceniza, pelea sola con muchos. En tanto que estamos aprisionados en este cuerpo fragil, mientras tenemos este tesoro en vasos de barro, el espíritu pelea contra la carne, y la carne apetece contra el espíritu; ninguna victoria hay cierta. Nuestro contrario el diablo, como un leon bramando, dá vueltas à la manada, buscando à quien tragar. Puisse (dice David) tinieblas, y fue de noche: en ella discurrirán todas las bestias de la selva, los cachorros de los leones rugiendo, con ansia de hallar la presa, y buscar la comida que à Dios le roban. No busca el diablo à los infelices, y à los que están fuera del rebaño, cuyas carnes el Rey Assyrio encendió en la holla; los de la Iglesia de Christo se dá prisa à arrebatarse: sus manjares (como dice Habacuc) son escogidos: procura derribar al Santo Job; y haviendo tragado à Judas, pide licencia para derribar los Apostoles. No vino el Salvador del mundo à poner paz en la tierra, sino guerra. Cayó aquel lucero que hermoso nació por la mañana; y el que se erió en el paraíso de deleytes, mereció oír: Si te remontares como el aguila, de allí te sacaré, dice el Señor; porque dixo en su corazon: Sobre las estrellas colocaré mi trono, seré semejante al Altissimo. Y à los que cada dia deciden por la escala que entre sueños vió Jacob, les dice Dios en David: Yo diré; Dioses sois, è hijos del Altissimo; mas morireis como hombres, y caeréis como uno de los

Prin-